

DISCURSO

PRONUNCIADO POR SU AUTOR EL SR.

Pbro. *Angel Martínez,*

EN LA SOLEMNE DISTRIBUCION DE PREMIOS VERIFICADA EN EL

SEMINARIO CONCILIAR DE LEON,

EL 15 DE AGOSTO DE 1903.



LEON:

IMPRENTA DE L. LÓPEZ.

1903.



ILMO. SEÑOR: (1)

Señores:

Desde el poeta romano que supuso á Dios forjado por las visiones terroríficas del miedo hasta los enciclopedistas pasados y de nuestros días, no ha habido seguramente, hombre de algun valer intelectual que, avasallado por la tiranía de las pasiones, no haya pretendido arrojar de sí, como fardo molesto, la idea de Dios, soberano moderador de la vida humana.

Cuando la mera tolerancia no autoriza el atrevimiento de negar al Ser Supremo la existencia, la generosidad del egoismo ¡quién lo creyera! le concede por piedad algunas celdas grises de la masa encefálica, para que duerma ahí tranquilamente el reposado sueño de los tiempos que fueron.

Pero cuando la Náutica, v. g., la Náutica, digo, el buzo de la ciencia, escudriña el seno de los mares: cuando la Ingeniería, el zapador de la ciencia, perfora por medio de aire comprimido las montañas: cuando la Electricidad, el mensajero de la ciencia, cruza en dos segundos la vasta amplitud del globo terrestre: cuando la Astronomía, el Argos de la ciencia, alcanza á divisar de una mirada las ocultas claridades del vacío; entonces, Señores, preciso es confesarlo, ni el marinero encuentra á Dios bajo la verde inmensidad de las líquidas llanuras, ni lo descubre el ingeniero tras el velo granítico de cerrados peñascales, ni lo halla en su camino la ardiente y subitánea centella del electricista, ni el astrónomo lo vislumbra à través del polvo argentado esparcido en el espacio por las nebulosas.

(1) El Ilmo. Sr. Dr. D. Leopoldo Ruiz.

Allá por las edades confinantes de la fábula, y más tarde, por las atrasadas centurias de escolásticos semi-civilizados, Dios era el Señor de las ciencias; hoy, ¡mudanza notable de las cosas sublunares! las ciencias no lo quieren ya, tan siquiera para esclavo.

A principios de la era cristiana, turbas casi infinitas de gente odiosa y fanatizada ofrecieron el cuello al verdugo y al Cristo imperante su sangre; ahora, todas las ciencias, con el cetro en la mano, efectuando un cambio de frente, lanzan al Dios destronado el apóstrofe triunfal del abogado de la fe á la institución espirante: “somos de ayer, le dicen, y llenamos ya toda la extensión de vuestros dominios; las ciudades, fortalezas y colonias; vuestras campiñas, tribus y decurias; el palacio, el senado y el foro. únicamente os dejamos vuestros templos.”!

Yo no intento, Señores, descender á la liza para reconquistar palmo á palmo, de ciencia por ciencia, los sagrados derechos de Dios al solio usurpado. Dadas las circunstancias excepcionales del momento, sería esta empresa tan grande por una parte como inútil por otra.

Mis propósitos son más modestos y realizables.

Bien sabido es que nuestros adversarios concentran el poder de sus armas en el moderno campo del “transformismo,” y desde allí disputan con calor y osadía las posesiones divinas en los varios ramos del saber, especialmente aquellas, entre otras muchas, que se relacionan con la Antropología y la Lingüística.

Pues bien, Señores, no rehusó luchar con ellos en ese campo, asiento decididamente contra él mis reales, y sin mas táctica que mis creencias, ni otro escudo que la razón, me propongo sustentar el tema siguiente:

La teoría de la evolución aplicada al lenguaje en el sentido explicado por los transformistas anti-científico.

* *
*

A vuelta de mil opiniones diversas, contrarias y aun disparadas, los partidarios de la evolución, disidentes sólo respecto á la manera de aplicar su sistema al desarrollo de las lenguas, convienen sobre el particular en

este punto que, por lo indiscutible y respetado, parece ser el dogma fundamental del transformismo: el grito del hombre salvaje extraviado en las espesuras de la selva, puede positivamente designarse como el primer paso en la formación de los idiomas. (1)

Yo os encarezco, Señores, la atenta lectura de Rousseau, Darwin, Spencer, Herbart, Haeckel, Romanes, Klein y Hermann Paul, y en seguida os ruego me digais si me he apartado un ápice tan solo de la verdadera exposición de sus doctrinas.

Escuchad, entre tanto, de qué modo los resume Ribot, (2) conspicuo (?) antropólogo y escritor nada sospechoso en la materia: aunque todos los autores no estén completamente de acuerdo acerca de la teoría evolucionista del lenguaje, la generalidad con algunas excepciones, ó hablando con exactitud, la gran mayoría de ellos, admiten tres periodos: el grito, la vocalización, la articulación.

El grito es el hecho primordial, el lenguaje animal puro, simple aspiración vocal sin articulación. Se aduce como razonado comprobante de este aserto que, si los animales no hablan, depende de la imperfección de su organo auditivo, (?) y de la falta de relación entre las imágenes acústicas y los movimientos musculares que producen el sonido; pero la causa de su afasia debe buscarse principalmente en su débil desarrollo cerebral, y esto se aplica al hombre primitivo.

La vocalización, ó sea la emisión de las solas vocales, no contiene todavía los elementos esenciales de la palabra. Sucede, en el niño, al período del grito simple; y como es admitido que el desenvolvimiento del individuo permite suponer el de la especie, y, además, que muchas lenguas ó idiomas antiguos, y como tales próximos á sus orígenes, son muy ricos en vocales, se ha deducido de ello

(1) As monkeys certainly understand much that is said to them by man, and as in a state of nature, they utter signal-cries of danger, it does not appear altogether incredible, that some unusually wise apelike animal should have thought of imitating the growl of a beast of prey, so as to indicate to his fellow-monkeys the nature of the expected danger. And this would have been a first step in the formation of a language. (Darwin *The Descent of Man*.) Esto que para el padre del transformismo era probable, andando el tiempo, se elevó á la categoría de verdad para sus secueces, según se verá adelante.

(2) La evoluc. de las ideas gen. p. 72.

la existencia de un período más ó menos largo, intermedio entre el del grito y el de la articulación.

Por último, las emisiones vocales no se apoyaron con el transcurso de los tiempos (1) sino en las consonantes de primera formación, lo cual indica que á la época de las vocales siguió la de las articulaciones, firmes elementos del discurso. (2)

El grito, la vocalización, la articulación.

¿Cuáles son los principios generadores de este sistema? ¿Cuáles los fundamentos que le sirven de sillares incommovibles? ¿Dónde están las premisas de las cuales con rectitud inflexible se llegue á esas conclusiones? ¿Arrancan del seno de la naturaleza en cuyo fondo subsisten juntamente con la esencia? ¡Mentira, Señores! La naturaleza se yergue protestativa contra gradaciones imposibles como la que nos ocupa.

Imposibles, repito, aun según los mismos transformistas, porque, en toda la serie de organismos estudiados por el hombre, no es posible citar ningun caso de haberse cambiado una especie en otra, y la evolución habría saltado con evidente transgresión de sus leyes del lenguaje animal á la palabra humana, encadenando los extremos eslabones de dos especies distintas, (3) por medio de un anillo infinito.

¿Cuáles son, pues, volveremos á preguntar, las razones filosóficas de ese sistema?

Yo he tratado de indagar las causas últimas de su ser, medir el alcance trascendental de sus consecuencias, y darme razón satisfactoria del secreto mecanis-

(1) Es muy comun entre los transformistas suponer tiempos de extensión inconcebible para que la facultad de los signos articulados, suficientemente desenvuelta, haya comenzado á hacer desaparecer sistemas más primitivos y naturales. (Romanes. Mental Evolution in man, pag. 377.) La estadística moderna fija en unos cinco ó seis mil años la existencia del género humano sobre la tierra. (Fraa de Bruno, profesor de la Universidad de Turin) ¿Donde, pues, colocar esos millares de siglos que preceden y siguen á los periodos indicados?

□(2) Otros autores admiten además el periodo de las raíces [monosilabismo]; el de la yuxtaposición [polisintetismo], y finalmente el del ANALISIS. Locke, Adam Smith y Dugald Stewart.

[3] La voz animal es, en efecto, un carácter ESPECIFICO; el lenguaje humano á lo sumo un carácter de raza. Cada especie animal tiene su voz propia, que no la confunde con la de otra especie análoga. [Quatrefages]. La voz animal sólo puede experimentar variaciones insignificantes; pero no desaparecer, ni modificarse por completo como el lenguaje humano. El perro jamás trocará su ladrido por el relincho del caballo. El animal no pasa mas allá de la voz peculiar á su especie; ni siquiera consigue asimilares un reclamo para una determinada persona. [O. Peschel].

mo de su estructura; he remontado trabajosamente á las fuentes de su derivación; las he examinado sin pasión en sí propias; he rastreado empeñoso sus antecedentes históricos, y cincuenta años atrás, ¡oh progreso! he encontrado al fin, sepulada bajo los polvorientos pergaminos de nuestras bibliotecas, la hipótesis de un filólogo cristiano sobre los contornos de la cual se había calcado modestamente el flamante sistema del Darwinismo referente á la constitución original del lenguaje.

Para completar la identidad, cúpleme solamente advertir que media la presente diferencia. El lingüista católico decía: el primer lenguaje debió ser vocal. Sin otro recurso que la vocal el hombre se elevó hasta Dios, y con simples vocales compuso el nombre del Ser Supremo, el nombre sagrado de *Ieova*, contemporáneo del primer grito que representó al pensamiento humano.—Pues bien, sustituid al nombre incomunicable de Dios el puro grito animal, y habreis reducido á breve fórmula la sustancia de la nueva hipótesis.

No hallando el salvaje, afirman de consuno Rodríguez y Albert Wolf, (1) la válvula del verbo para dar salida á las ideas aprisionadas, prorrumpe con grandes esfuerzos en gritos plañideros, teniendo cuidado de imitar los múltiples rumores de la naturaleza que á su tímpano repercutian: aquí el *verbum erat verbum*, aquí la ciencia señala con mano firme el génesis de todas las lenguas.

Hijo amante de la verdad, soy también discípulo entusiasta de la sabiduría, y si la ciencia ostenta con absoluta certidumbre los caracteres divinos de la verdad en el sistema del transformismo, mi resolución está tomada, Señores, yo soy transformista. Con el fervor juvenil de un iniciado penetro al templo secular de nuestra vieja amiga la naturaleza; con mis rodillas invencibles deblegadas en tierra me anonado ante el Dios de Rousseau, de Darwin y Spencer; con mi cabeza rendida sobre el pecho acepto sumiso los adorables misterios de su culto, la afirmación luminosa de sus dogmas y la sublime revelación de sus oráculos; trabajo de

(1) La fuente del idioma español. Edición de 1900. París. Prologo, V.

conformidad con las investigaciones perseverantes de sus sabios; me abismo sin conciencia del mundo exterior en las meditaciones de sus filósofos, y con el oído puesto en las edades de la prehistoria alcanzo á percibir el eco de los gritos, tenues ya, pero todavía muy claros del animal, confundidos con los primeros imitativos del *homo simius*; oigo menos debilitada y remisa la vocalización del antropoide, por casi tocar á la altura de la que emite el salvaje, y escucho cada vez más vigorosos y cercanos los sonidos de la articulación, al otro lado de la existencia de la palabra, por estar ya el hombre enteramente constituido.

Desde entonces, Señores, elevado el antropoide á ser inteligente y el grito á lenguaje humano, lenguaje y hombre son dos peregrinos que atraviesan enlazadas las manos la extensión del tiempo y del espacio, se abrigan bajo la misma techumbre y caen heridos de muerte sobre el mismo sepulcro; son dos rocas inclinadas al mismo mar, combatidas por iguales tormentas y silenciosas espectadoras de los días de bonanza.

El lenguaje es la sombra viviente de la criatura racional; el libro siempre elocuente de la humanidad, en el cual se han escrito todas las fases de su maravilloso desenvolvimiento; libro monumental donde se encierran los primeros vagidos del humano linaje; el primer interumpido silabeo de nuestra especie, la primera palabra que hizo estremecer otro nuevo mundo en el caos.

En él se graban los ayes desgarradores del dolor; la expresión enloquecida de la alegría, la espléndida manifestación de los secretos, y el relato secular, seguido paso á paso, de los actos psíquicos del hombre en todas las esferas de su actividad. Descubrid vuestra frente, Señores, ante la presencia milagrosa de este libro. Saludad en él al viajero que se meció en la cuna de la raza de Adán. Abrazad al amigo que compartió con él la caverna del oso de las selvas, la chosa pajiza del *homo alalus* y el palacio encantado del *homo sapiens*, del cultísimo socio de las academias. Venerad en ese libro al severo historiador que archiva vuestros recuerdos, consigna vuestros descubrimientos, registra vuestras victorias, y á la hora presente, delante de millares de pá-

ginas en blanco, iluminado por las ráfagas brillantes del sol de sus destinos, aguarda ansioso transmitir á las generaciones venideras los fragmentos fonéticos del pensamiento, las estrofas gloriosas del himno final de la evolución cantado en honra de ella por los redimidos que, elevados sucesivamente de monos á salvajes, á hombres civilizados y semidioses, se convertirán al cabo en materia pensante, inacabable, todopoderosa; materia que hablando la lengua de los inmortales reinará sobre todos los mundos con la eternidad del átomo, sobre el mismo Dios de los cristianos que, á causa de ser invisible, queda desde hoy relegado al país de las quimeras.

¡Ah, Señores! yo soñaría indefinidamente los sueños de oro del progreso; yo me extasiaría sin cansancio en los éxtasis perennes de tan bellas creaciones, si la mano brutal de la realidad no me arrancara con bruscos sacudimientos del pesado sopor de los cuerpos y arrojara lejos de mí el kaleidoscopio matizado de seductoras y sacrílegas mentiras.

Mirad, me dice, mostrando á mis ojos asombrados su majestuosa figura: en los mares siempre agitados de la lingüística descuellan por su construcción ciclopea dos hechos, contra cuya inmovilidad, como sobre las dos columnas de Hércules, viene á estrellarse la doctrina de la evolución, y más allá de los cuales no le es dable pasar, sino como descriado engendro de cerebro enfermo, ó como delirio agudo de entendimientos perturbados.

Si nuestro lenguaje trae la profundidad de sus raíces del puro grito animal; si despliega su pompa y lozanía con las mejoras continuas del adelanto, y en fuerza del movimiento evolutivo encumbra á lo sumo de la bondad y excelencia; la lengua de las naciones más cultas ha de ser, según el transformismo, la más cabal en su género, y la de tribus nómades, perpetuamente estacionarias, entre las vivas corrientes de la inteligencia, la más rudimentaria. Tal es á lo menos la consecuencia lógica de la teoría de la descendencia; ¿pero será también idéntica la deducción científica en todo el rigor y propiedad de los términos?—Vémoslo.

Pueblos civilizados han sido sin duda los latinos, los